

Algunos libros sobre Teilhard de Chardin

I

J. Scaltritti, O. P., ha publicado hace poco un estudio sobre Teilhard de Chardin (1).

El intento del Autor es claro: "En este libro se trata de ver lo que hay de verdadero y menos verdadero en Teilhard de Chardin. No pretendemos arrancar el trigo juntamente con la zizaña; ni invocamos el fuego sobre los samaritanos de la evolución" (página 183).

Con mucho cuidado —y nos atreveríamos a decir, con demasiado optimismo— el P. Scaltritti distingue entre Teilhard y teilhardismo. Decimos *con demasiado optimismo*, porque al querer excusar a T. de Ch. acusa a los comentaristas; mientras que sinceramente creemos que en uno y otros está el equívoco y el error del método. Pero dejemos este interesante tema.

El A. estudia muy diversos aspectos de las doctrinas de T. de Ch. para enjuiciarlas a la luz de la Filosofía tomista. Y, digamos ya desde un principio, el único punto flaco que hallamos en esta obra. Y esto no por la posición en sí, sino por lo que podría fallar de argumento "ad hominem". El doctor P. dominico arranca de la Filosofía *tomista*. ¿Se lo aceptarán? ¿No buscan precisamente los modernos otros sistemas apologéticos que se basen en una Filosofía y aun Teología distinta de la tradicional? ¿La postura del A. no podrá ser mirada con un desprecio olímpico? Para los que aceptamos los principios y métodos de la *Philosophia perennis* la argumentación del P. Scaltritti es pulverizante. Pero para los del otro lado, los que necesitan la doctrina de esta obra, nos parece sin efecto. De todos modos la argumentación es sólida, el intento es laudabilísimo y la estructuración es aplastante. Los que escriben —por lo menos en su mayor parte— a favor de T. de Ch. suelen conocer bien la Filosofía escolástica ya que en ella se han formado; a éstos habrá de causar impresión esta obra.

(1) SCALTRITTI, J., O. P. = *Teilhard de Chardin, ¿mito o herejía?* Villava, Pamplona, Ed. Ope., 1966; pág. 222.

La sobria presentación del Cardenal Siri es una fachada románica digna de la construcción masiva y robusta de esta obra.

Mucha más viveza y agilidad ofrece el Prólogo del R. P. Urdanoz, O. P. El estilo suelto del célebre Profesor hace correr ágil la pluma que no logra seguir la velocidad de las ideas y la fluidez del lenguaje. El P. Urdanoz es tanto o más demoledor que el propio Scaltritti. Como pesada maza deja caer párrafos como este: "Este fondo consiste en que Teilhard niega la persona individual del hombre, la mía y la de los prójimos, sacrificándola en aras de una visión abstracta del Uno, del Hombre general o de la Persona universal y planetaria que es la especie humana. Por lo mismo niega también la libertad de las personas, que no tiene cabida en este devenir necesario de la Materia en emergente Evolución hacia las cimas del Espíritu. Y en este movimiento fatal de la Cosmogénica, a través de los sucesivos estadios de la biosfera, noosfera, o conciencia pensante que brota de la Materia, hasta la Cristogénesis, en que Cristo emerge también triunfante como punto Omega de la Evolución y Salvador de la Antropogénesis, tampoco tiene cabida el Dios personal de los cristianos, el Dios trascendente y Trino en personas; porque en el Universo teilhardiano en estado de Cosmogénesis, en esa Evolución implacable de la Materia en "flecha" hacia el Cielo, ese Dios, Principio animador de una Creación por unión convergente evolutiva, y a la vez punto culminante, no acaba de distinguirse de su Creación, de esa Materia animada y espiritualizada, puesto que "Dios metamorfosea el Mundo y, el Mundo, en retorno, debe endomorfosear a Dios", según la conocida frase de Teilhard" (pág. 18). El celo de la verdad acera la pluma del P. Urdanoz.

El P. Scatritti, por su parte, procede con cierta lentitud y progresividad, fiel a los métodos firmes del "Buey mudo". Cada paso es un surco hondo, muy hondo, que dejará un campo muy triturado en todas direcciones y con las entrañas al descubierto. Sin pretenderlo quizás, nos deja una obra tridimensional armónica: las dos primeras partes (con cinco capítulos cada una y casi exactamente el mismo número de páginas) nos dan la anchura y la profundidad; la tercera parte, con la mitad de páginas, marca la altura.

Como base está la cuestión del *método*. Primer fallo de T. de Chardín y fallo sustancial. Asentados los principios de Santo Tomás sobre el método de investigación pasa el A. a estudiar *cuatro conceptos y cuatro errores de T. de Ch.*, que nos contentaremos con enumerar: 1. La solución de la crisis moderna, iniciada hace cinco siglos, a la cual el Cristianismo no ha dado todavía una respuesta; 2. El progreso teológico como consecuencia de la inquietud precedente, es el objetivo más apremiante y específico; 3. La apologética desarrollada técnicamente de su modo valedero y asequible para los alejados o extraños; 4. La divinidad originaria y la deificación postrera del mundo, o mejor dicho, de la tierra (pá-

ginas 36-37). Estos principios o conceptos son los que en la exposición de T. de Ch. implican otros tantos errores por el desenfoque o mal enfoque de su planteamiento y solución: 1. Confusión de método; 2. Evolución absoluta; 3. Apologética irénica y forzada; 4. Escatologismo a lo Renan, a lo Loisy, a lo Lammenais.

Arte y Mitología es el título del capítulo 3.º Aquí no se habla del mito de T. de Ch., es decir, del mito levantado en torno de la persona de T., sino el mito doctrinal creado por él. T. pertenece al gremio de sabios intuitivos con su estilo característico, a un tiempo mítico, profético, volcánico. Citando a Wildiers escribe el A.: "Las soluciones propuestas por T. de Ch. son más bien el resultado de una experiencia personal, y subjetiva, que el de una investigación rigurosa y científica. Es ante todo una aventura personal, cuyos resultados podrían, sin embargo, representar un beneficio para los demás..." (pág. 58). El mito "no es una leyenda... es, por el contrario, la expresión fantástica de una verdad latente que no halla otro modo de expresión debido a su profundidad o a la inmadurez histórica. El mito se presta muy bien al engaño, singularmente cuando, en la forma descabellada que lo caracteriza, propone a mentes debidamente alucinadas una falsedad, carente de todo fundamento, las más de las veces satánica" (pág. 63). El capítulo entero es interesante. Su conclusión es un golpe de cimitarra: "Prescindiendo del mito, T. de Ch. es poca cosa; con la perspectiva del mito, tal vez sea alguien. Conciérneme a otros descifrarlo, sin forjar con ello una realidad, y, menos aún, sin convertirlo en una religión. En este caso tendríamos la herejía del teilhardismo" (pág. 66).

Un paso más. El A. se enfrenta con la persona misma de T. de Chardin: *¿Santidad, genio o locura?* (cap. 4). Con razón desaprubaba el A. las comparaciones que algunos admiradores de T. de Ch. establecen entre él y San Agustín, Santo Tomás, etc. "Sería preferible compararlo con Orígenes o Tertuliano..., con muchos errores el primero, y encallado en la herejía el segundo." Y "¿en vez de un santo o un genio, no sería tal vez T. de Ch. un loco, un maniático?" Explica muy bien el P. Scaltritti la "locura" de los genios, y cree que T. presenta el cuadro clínico de éstos; por lo menos a partir de su gran crisis, que le produjo el "trauma" profundo en su espíritu durante la estancia atormentada en el frente infernal de la Gran Guerra de 1914-1918. "En cualquier caso —termina el A.— la enfermedad mental es un atenuante. Que es cuanto nosotros andamos sinceramente buscando" (pág. 75).

La formación jesuítica, su origen noble y su nacionalidad francesa, son otros tantos impactos que T. de Ch. recibió en su educación y herencia, y que el A. no deja de tener en cuenta para enjuiciar mejor la persona y la obra de T. de Ch. (cap. 5).

Y pasa ya a la segunda parte: *Crítica y valorización de T. de Chardin*. Aquí no es tan fácil resumir la exposición del P. Scaltritti porque cada palabra es un hecho. Bastará notar que sigue

los rasgos más característicos de algunos puntos doctrinales de Teilhard de Chardin mirando siempre de defender su posición o salvar su buena voluntad. Así pocos autores habrán examinado más profundamente aquel célebre y escandaloso (?) escrito *Comment je crois*, y habrán hecho un esfuerzo más sincero para justificar, a pesar de él, la ortodoxia de T. de Ch. En el capítulo 2 de esta segunda parte estudia el P. Scaltritti la doctrina católica sobre la existencia de las ideas divinas, su evolución y su actividad; y va examinando la postura de T. en estos puntos. Sin tildarlo de hereje o de falsario, advierte el peligro de la postura de T. de Ch.

De gran interés es el capítulo 3: *La creación, anterior al hombre*. El enfoque que sitúa al A. es esencialmente metafísico. En este terreno difícilmente se encontrará con T. de Ch., cuya metafísica —cuando se trata de la creación— desaparece totalmente. Es verdad que sus admiradores —y editores— han querido justificar su postura aduciendo un texto de Santo Tomás “ens et unum convertuntur”; pero en realidad no tiene lugar en la postura de T. de Ch. En el terreno filosófico y teológico tiene toda la razón el P. Scaltritti, y la postura de T. de Ch. es muy comprometida.

El capítulo 4 es sin duda uno de los puntos culminantes de la doctrina teilhardiana y de la evolución en general: *la creación del hombre*. Aquí remitimos a la obra misma de Scaltritti y renunciamos a resumirla. Por lo demás una evolución a lo T. de Ch. hace muy difícil la idea de una creación inmediata por Dios del alma humana, no sólo en el primer instante de la aparición del hombre, sino en cada uno de los hombres que existen y van existiendo al correr de los siglos. T. de Ch. nunca dice una palabra sobre el particular. Es conocido su método de presentar una evolución física progresiva, salvando con palabras y expresiones muy poéticas y místicas los pasos mortales: de lo anorgánico a la vida; de la vida vegetativa a la sensitiva; de la biosfera a la noosfera, etc. La verdadera y tajante explicación no la da jamás.

Por último, el capítulo 5: *La Evolución en el “Medio divino”* da pie al A. para hacer notar el peligro que encierran ciertas expresiones de T. de Ch. si se entienden tal como parece que han de entenderse en el ambiente teilhardiano. Se trata de frases o ideas ambiguas que pueden falsificar plenamente la doctrina católica sobre la Encarnación, la Virginitad de María, etc.

Con el estudio graduado de la Persona y de la Obra, pasa Scaltritti a la *“Herejía del Teilhardismo”* (tercera parte). No vamos a detenernos, porque no queremos alargar más esta recensión. Basta que mencionemos los títulos de estas doctrinas que constituyen el conjunto herético del teilhardismo: 1. El teilhardismo marxista; 2. El teilhardismo iluminista; 3. El teilhardismo anaranjado del racismo; 4. El teilhardismo racionalista; 5. El irenismo teilhardiano; 6. El semipelagianismo; 7. El existencia-

lismo. Al hablar de estas siete herejaís del teilhardismo, el P. Scaltritti salva ciertamente al propia T. de Ch. de la nota de hereje. No es lo mismo T. de Ch. que el teilhardismo. Esto es evidente. Pero una reflexión es menester que se hagan todos los partidarios de T. de Ch.: todos sus comentaristas no hacen más que "sistematizar" la obra del pensador y científico. ¿Cómo se comprende que vayan detrás de él y le alaben los enemigos de la Iglesia?

El libro del P. Scaltritti ha de leerse despacio. Tal vez desearían algunos encontrarse con más textos de T. de Ch. refutados o comentados por el A. No lo creemos necesario, porque supone que sus lectores tienen más o menos familiaridad con los escritos teilhardianos. En todo caso es un libro que enseña a leer pensando, cribando las ideas, confrontando continuamente con los principios de la sana filosofía y firme teología cuanto se vaya devorando en las páginas, no siempre inteligibles, de Teilhard de Chardin.

II

Otro libro reciente sobre Teilhard es el del jesuita R. P. TRUHLAR (2).

El P. Truhlar, profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, ha pretendido en este libro aportar algo de luz a la inteligencia del discutido Teilhard de Chardin. Para esto estudia su estilo literario, que cree ver basado en su temperamento poético y su experiencia religiosa. Le sirve a maravilla la confrontación con otro personaje, muy parecido en sus aficiones paleológicas y en su temperamento poético y religioso: Solovjev.

El intento es interesante y el desarrollo doctrinal y estilístico (en el sentido interno de la palabra) es sorprendente. La elección, pues, ha estado acertada, y los dos personajes se ilustran correlativamente.

Un punto, tal vez, habría de haber examinado el P. Truhlar, que habría arrojado muchísima más luz sobre sus dos héroes: el feminismo, es decir su pensamiento sobre el papel que la mujer, el sexo, lo sexual, ejerce en su mentalidad poética, en su "experiencia religiosa", y en la trama de toda su doctrina. Tal vez esto pondría en compromiso la "ascética" y la "mística" de ambos pensadores o poetas. Pero creemos que es un punto esencial y, tal vez, decisivo cuando se trata de hombres tan "visionarios", "profetas", "místicos"... ¿No se animaría, pues, el mismo P. Truhlar a hacer este estudio, cuya trascendencia no puede él, como especialista en espiritualidad, ignorar en modo alguno?

FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

(2) TRUHLAR, K. V., S. J. = *Solovjev y Teilhard*. Madrid, Razón y Fe 1966; pág. 170.